



CAPITULO XLVI.

Torpezas.

ERA el 15 de Septiembre por la noche: el tiempo estaba sombrío y el cielo lleno de nubes como si quisiera asociarse á la tristeza que estaban sintiendo ya á aquellas horas los corazones de los buenos mexicanos con los que, no eran sólo presentimientos sino realidades, respecto de la tempestad, que preñada de amenazas, se estaba cirniendo en el horizonte político de la patria.

En aquella noche, como de costumbre, se solemnizaba el aniversario de la independenciam: el Presidente tenía que aparecer á las once de la noche con la enseña tricolor, y repetir el grito dado por el cura don Miguel Hidalgo en 1810; pero no reinaba la animación de años anteriores en las calles de la Capital, ya porque la iluminación y los adornos de las casas manifestaban mucha economía, ya porque en el pueblo se reflejaban las angustias que es-

taba sufriendo el gobierno por la situación llena de embrazos á que había llegado.

Sin embargo, el abogado Domingo Benavides había ofrecido acompañar á la familia Rincón á la Plaza de Armas para asistir á las festividades patrióticas, y se había presentado á las nueve de la noche, hora en que todavía no regresaba Alejo de su despacho, en donde lo habían detenido ocupaciones urgentes y hora en que su esposa Refugio había comenzado á vestirse.

Quien recibió á Benavides en la sala fué Adela, que desde muy temprano había comenzado á arreglarse poniéndose muy guapa con su vestido azul pálido que le iba maravillosamente.

Ya el matrimonio entre ambos era cosa tan resuelta, que debía verificarse el 22 del mismo mes, de manera que era ya recibido el abogado como novio oficial.

Se puede decir que por primera vez se encontraban los candidatos completamente sin testigos, pues si bien muchísimas veces habían tenido oportunidades de hablarse muy mano á mano, pero siempre estando en la misma habitación ó muy cerca alguno de la familia ó una amiga al menos de la joven, ahora no, ahora no había nadie, y como era natural se aprovechó el tiempo.

Lo primero que hizo Benavides fué abrazar á su novia y besarla en la frente: fué el primer beso que causó gran conmoción en la joven, haciéndola ruborizarse, pero sin ninguna protesta de su parte, ¿para qué? ¿acaso no iban á ser marido y mujer muy pronto?

—Vida mía, mi encanto, dijo él.

—Domingo. dijo ella, y no pudo pronunciar otra palabra.

Solamente al segundo abrazo ella recobró algo de fuerzas y le dijo muy emocionada:

—Vámonos sentando.

—Vamos á sentarnos.

—Si vienen, es fuerza que nos encuentren muy formalitos.

—Como siempre.

—Te estaba esperando hace tiempo.

—Hace tiempo que estaba yo también rondando la calle, pero temía anticiparme.

—¿No tienes confianza en la casa?

—Sí la tengo, pero tanto Alejo como tu mamá son muy delicados, muy finos, muy correctos, y no quiero darles el menor motivo de desagrado. Demasiado veo que si consienten, es porque no les hemos dejado salida, pero si encontraran una por donde pudieran escapársenos, lo harían.

—Es verdad, dicen que soy la hija única, y á veces me hacen enternecerme viéndolos tan tristes. Todavía hoy me dijeron que las circunstancias son desfavorables para un casamiento. . . . que debíamos aplazarlo.

—¿Por qué?

—Por la política. Parece que nos amenaza una guerra extranjera.

—Pero yo tengo que ver muy poco con la política.

—Dicen que no: que estás muy metido en el gobierno liberal.

—Tiene mis simpatías, en efecto, y me conviene cultivar las relaciones que sirven siempre para el buen éxito de mi profesión.

—Añaden que esta guerra que va á venir, á na-

die dejará tranquilo y menos á los amigos del gobierno liberal.

—Yo soy independiente, Adela, y venga lo que viniere, sabré conservar mi independendencia.

—Ya te digo lo que piensan para que estés prevenido.

—Alejo se persuadirá, y por lo que á tí hace, te juro que aunque vinieran mil guerras juntas no me intimidarían. Una guerra más ó menos no ha de arrebatar-me la felicidad que ya tengo entre las manos.

Adela se sonrió satisfecha, y luego dijo al oír el roce de un vestido:

—Ya viene mamá.

En efecto, entró Refugio sin dar á conocer que se había apresurado á vestirse para no dar lugar á que los novios estuvieran mucho tiempo solos, saludó afectuosamente y continuó una conversación ligera, no tardando en llegar Alejo, que dijo como para disculparse de su tardanza:

—Todos los que nos dedicamos al comercio, estamos ahora con mucho quehacer, arreglando lo mejor que se pueda nuestros negocios para prepararnos á la nueva trinquetada.

—Los comerciantes están siempre bien informados, ¿qué dicen?

—Dicen que la intervención de las potencias es inevitable; que el gobierno ha cometido una insigne torpeza sin necesidad, suspendiendo los pagos de la deuda extranjera oficialmente, cuando bien podía no pagar nada sin decirlo por un decreto, que era el único pretexto que se aguardaba para romper las hostilidades; causa grande alarma que los ministros inglés y francés hayan roto las relaciones, y se sabe que el conde Dubois de Saligny está com-

prado por la Casa Jecker para llevar las cosas á la extremidad, motivo por el qué lejos de mostrar el menor carácter conciliador, está llevando muy lejos sus pretensiones y sus insolencias.

—¿De manera que el comercio cree que no se conseguirá entrar en ningún arreglo con las potencias?

—El comercio está seguro de que habrá invasión y de que habrá guerra si acaso el gobierno se defiende.

—Tendrá que defenderse.

—¿Con qué recursos, con qué armas, con qué ejército?

—No sé de dónde se sacará todo eso; pero estoy cierto de que Juárez no entregará el país sin combatir.

—Eso dicen los comerciantes: Juárez es tenaz y patriota; pero si no puede acabar con Márquez, con Cobos, con Lozada y con Bueyes Pintos, ¿qué hará si se le echan encima Francia, España é Inglaterra reunidas?

—¿Tendrán tanta cobardía de reunirse todos, preguntó Adela, para venirse sobre un país tan pobre como México?

—Ese es el plan precisamente, contestó Alejo, aprovechar las dificultades en que están los Estados Unidos para venir todos juntos y repartirse á México.

—No será, Alejo, no podrá ser; los mexicanos tendremos que defendernos.

—He ahí precisamente lo que yo he estado pensando. Los que estamos casados tendremos quizás que abandonar nuestras familias para tomar las armas y los que no están casados aún, tendrán que esperarse para después que pase la tormenta.

Adela fijó una mirada llena de angustia en Domingo: éste se apresuró á contestar:

—Todavía no hay más que rumores y presentimientos. Generalmente el público hace con las noticias sensacionales la bola de nieve, que mientras más rueda más crece, llegando á darle tamaños extraordinarios. Hasta ahora, lo que se ve claro es lo siguiente: los conservadores han ido á pedir la intervención dizque para que se coloque en el trono que va á erigirse un príncipe extranjero; los ministros de las potencias, influenciados unos por el clero y otros ganados por el oro francés, han volteado sus baterías contra el gobierno y contra la misma nación, acusando al primero de inepto, de corrompido, de debil, y á la segunda diciendo que aun está bárbara y que necesita sentir sobre el cogote el tacón de un monarca enérgico y civilizado que nos haga entrar al camino de la inteligencia y el progreso; los pretextos para todo esto son la falta de pagos, el robo de los caudales que hizo Márquez en la legación inglesa y la muerte de un español en una finca desierta: en suma, parece que se quiere intervenir á mano armada para tres cosas: para que se paguen las deudas, para que se establezca un gobierno y para que los extranjeros tengan garantías. Pues bien, yo, Domingo Benavides, abogado del foro mexicano, sostengo y juro: que no habrá guerra con todas las potencias, que no podrán tener una acción colectiva por ser diversas sus pretensiones y tendencias, y que si la hay, será con alguna de ellas, y eso mientras los Estados Unidos lo permitan; y después de todo, que ninguna de esas naciones europeas que se nos echan encima está tan bollante para venir á gastar millones y millones y á dejar miles de hombres devorados por las enfermedades de las costas y acabados por las mil guerrillas que se levantarán y que no les dejarán conquistar otro terreno que el que puedan ocupar materialmente. Ha-

brá guerra tal vez, pero tendrán que pensarlo mucho, tardará algún tiempo y los que estamos en visperas de casarnos podremos acercarnos al altar seguros de que nadie interrumpirá las ceremonias y que en un año por lo menos nadie turbará nuestra dicha.

Benavides recibió toda la aprobación de la familia y muy poco faltó para que se le dieran aplausos, especialmente por Adela que quedó encantada con la elocuencia y con la astucia del abogado que tan bien había desvanecido los argumentos del papá; en seguida se fueron todos juntos al *grito*, que se dió á las once con mucho entusiasmo, no obstante que la noche estaba muy oscura y muy lluviosa.

Eso sí, en esta vez en virtud de que los rumores habían sido persistentes respecto de la actitud amenazadora del gobierno español, y de que por la salida nada airosa del embajador Pacheco las relaciones andaban tirantes, el pueblo se dió gusto gritando con todos sus pulmones: ¡Mueran los gachupines! A nadie se hubiera matado, porque el pueblo mexicano se entusiasma mucho pero no asesina; sin embargo, los españoles en lo general se ocultaron donde se creyeron más seguros en aquella noche, porque siempre la prudencia es la madre de la seguridad, según nos enseñaron nuestros abuelos.

Naturalmente, siendo Benavides un novio ya aceptado y próximo á casarse, llevó todo el tiempo á su novia del brazo, y fué aquella de consiguiente una de las noches más felices que pasaron, porque además de hacerse las protestas de costumbre, arreglaron un porvenir color de rosa y lleno de encantos.

¡Qué habían de pensar en la tempestad que estaba rugiendo ya en el cielo de la patria! No se acordaron pa-

ra nada de la guerra que era el tema de todas las conversaciones, ¡qué habían de acordarse! pero les hizo volver á la realidad un encuentro que podía considerarse desgraciado en aquellos momentos.

Cuando iban ya de retirada, saliendo de la plaza entre el bolón, repentinamente oyeron las voces conocidas de Néstor y su esposa Amparo, quienes les invitaban para tomar alguna cosa en la Bella Unión. Ambos consortes respiraban el mayor contento, y Benavides pudo observar que Néstor hablaba con mucho interés, y casi en secreto, con Alejo, el cual lanzaba de cuando en cuando algunas exclamaciones, como las muy conocidas de ¡Ah! ¡Oh! ¿Es posible? ¡Diablo!

Lo que más le chocó á Benavides, es que Néstor y Amparo se mostraron tan festejosos hasta adelantarse á pagar el primero los gastos que se habían hecho, quitándole ese derecho á su hermano, que era el rico y que era el que siempre los hacía.

Se despidieron los importunos en la esquina de la casa del comerciante, y al llegar á la puerta, Benavides se despidió también; pero luego que entraron las señoras y mientras subían las escaleras, Alejo que lo había detenido del brazo le dijo:

—¿Oíste lo que me dijo mi hermano?

—No.

—Como sabes, está ligado con los conservadores, y en tal virtud conoce y trata á los que componen el Directorio. Dice que á pesar de la decadencia en que están las armas de la reacción, que á pesar de las frecuentes derrotas que han sufrido Márquez y los suyos; de haber sido nombrado Doblado jefe del ejército en lugar de González

Ortega; que á pesar de haber sido fusilado Marcelino Cobos y demás motivos que tendrían para desmoralizarse; que lejos de eso, todos están muy contentos porque saben de cierto que Napoleón III está ya comprometido con los obispos, generales y diplomáticos mexicanos que se encuentran en París para derribar á Juárez y para fundar un nuevo gobierno que bien podrá ser una monarquía ó un protectorado.

Se cree que Almonte vendrá á ser el Dictador sostenido por las potencias, que ya las escuadras combinadas vienen navegando, que desembarcará un ejército formidable y que seguramente todo se hará con la mayor tranquilidad, siendo una locura que Juárez quiera presentar sus chusmas mandadas por generales como Doblado ó González Ortega, que no son más que licenciados, contra cien ó doscientos mil hombres que vendrán dirigidos por mariscales y almirantes.

—En el fondo hay algo de verdad, contestó Benavides con calma; pero es posible también que se estén haciendo muchas ilusiones, como que ya no tienen otra tabla de salvación más que las armas extranjeras. Veremos, veremos.

Y se despidieron.

Ocho días después, se verificó el matrimonio del licenciado Domingo Benavides con la joven Adela Rincón en la iglesia de la Profesa, que se vió muy concurrida de comerciantes y hombres políticos con sus familias. No se oyeron en todos los labios más que frases de encomio para la feliz pareja, sobre todo á ella la encontraban hermosa, tan hermosa que no admitía ponderación. Y bien vestida. . . ¡vaya si estaba bien vestida! Con anticipación había encargado Domingo el traje de bodas á París, lo mismo que las otras galas.

Néstor y Amparo su mujer, aunque echando chispas porque no los habían convidado de padrinos, estuvieron en la ceremonia. Amparo no encontrando más que decir, dijo al oído de Néstor:

—¿Quién peinaría á tu sobrina tan mal? Ese ramo de azahares debía ir al lado izquierdo.

Luego que concluyó la misa y entraron los novios á la sacristía para recibir las felicitaciones de la concurrencia, Amparo y Néstor se unieron á la familia; allí estaban también las hermanas de Domingo á las que dijo Amparo:

—¡Qué suerte ha tenido Benavides! Mujeres ricas y hermosas como mi sobrina, no se encuentran á la vuelta de cada esquina.

—Ambos van á ser muy felices, contestó Tomasa con prudencia.

Hubo banquete en la casa de Alejo, á que concurrieron los parientes y amigos de mayor confianza. Al oscurecer, se despidieron los recién casados para irse á su nido de amor que había preparado Domingo allí cerca: era una casa chica, pero sola y con todas las comodidades.

Una vez solos, él la estrechó en sus brazos diciendo en un suspiro.

—¡En fin!

Ella sólo contestó.

—¡Soy tuya!

En la política, el congreso había reprobado el contrato Wyke-Zamacona que mereció los más duros calificativos.

El ministro inglés había dirigido á Juárez un ultimatum.

La ley de 17 de Julio, que había sido si no el motivo, el pretexto de los escándalos, fué derogada.

Sin embargo de que el gobierno estaba haciendo todo lo que era compatible con su dignidad para salvar la crisis, el público decía.

—¡Cuántas torpezas está haciendo el gobierno!

Pero ¿cuáles eran esas torpezas?



CAPITULO XLVII.

Amenazas europeas.

EN menos de tres años de gobierno, don Benito Juárez había cambiado nueve ministerios, desfilando por su administración de cuarenta á cincuenta personas de las más notables en el periodismo, en la tribuna, en el foro y en la banca. La banca consistía entonces en los contrabandos que se hacían por Tepic, lo cual hizo figurar en el ministerio de Hacienda á don Gabriel Castaños que fracasó en el primer enjuague financiero.

Esas sesenta personas habían naturalmente ejercido mayor ó menor influencia en el gobierno; pero en los negocios graves siempre se hacía notar el carácter inflexible, vigoroso, enérgico, verdaderamente acerado del indio oaxaqueño.

Así fué como lo encontraron, firme como si fuera un hombre de granito, don Santos Degollado y González Or-